

## **PALABRAS DEL DR. JOSÉ ANTONIO GUBAIRA BAHJOS PRESIDENTE HONORARIO DEL XXIX CONGRESO VENEZOLANO Y III CONGRESO INTERNACIONAL DE CIRUGÍA**



El Doctor José Antonio Gubaira, Presidente Honorario del XXIX Congreso Venezolano de Cirugía, durante el discurso de apertura

Por la gracia de Dios Todopoderoso y ante la grata luz de la presencia de Uds., agradezco de todo corazón a la Honorable Junta Directiva y al Consejo Nacional, el haberme concedido el altísimo honor de ser Presidente Honorario y la oportunidad de dirigirles la palabra a tan distinguidas personalidades en especial a nuestros invitados extranjeros y nacionales aquí congregados, con el ansiado fin de inaugurar el XXVIII Congreso de la Sociedad Venezolana de Cirugía y III Congreso Internacional de Cirugía. Honor que me ha colocado en este sitio de privilegio, desde donde con mucho fervor y en nombre de todos, comenzaré por agradecer a Dios Nuestro Señor, la existencia de esta Institución, que fué fundada en el año 1.944 por un grupo numeroso de notables maestros de la Cirugía, quienes en este momento nos acompañan desde un balcón del cielo, y que más tarde después de múltiples reuniones celebraron el 1er Congreso Nacional de Cirugía en el año 1.951.

Desde esa fecha hasta el momento actual se han realizado 29 Congresos bi- anuales y 64 Jornadas Intercapitulares, las cuales han estimulado la inscripción de numerosos médicos, alcanzando hoy en día un total de 1.500 inscritos, lo cual la coloca entre las primeras asociaciones científicas del país para servir con eficiencia y eficacia las necesidades asistenciales de la salud y propagar y aumentar los conocimientos a sus afiliados en el campo de la Cirugía.

Es una Institución de gran prestigio, donde laboran el mayor número de calificados y variados profesionales en diferentes campos de la Cirugía, en un medio de paz donde tiene absoluta cabida, la pluralidad de acción y pensamiento de todos y cada uno de los Integrantes de esta Gran Familia, que trabajan y deben trabajar con actitud inquebrantable de respeto y tolerancia, signada por una firme vocación de servicio, dentro de un ambiente decorosamente adecuado, a la noble misión que nos ocupa: "La Salud Humana".

Es por todo esto, que en estos momentos ante el mundo convulsionado de hoy, cuando se viven horas de tanta reflexión y grandes desvaríos, en esta Gran Familia, debemos perfeccionar más allá de la excelencia, la armonía de un justo convivir, y sobre todo, y a cómo dé lugar, mantener nuestro ambiente de familia productiva, de familia honesta, que se ama y se respeta con la solidez y sinceridad del alma y la voluntad de un corazón comprometido y tengamos la absoluta seguridad, que el hecho biológico, de no llevar la misma sangre, no es sinónimo de no ser hermanos ¡Cómo de veras lo somos!: Hermanos ante las mismas circunstancias, hermanos ante la realidad de la vida, hermanos para criticarnos constructivamente y para perdonarnos, hermanos ante Dios y ante los hombres, hermanos ante todos los caminos que nos conducen a la existencia, y ante la esplendorosa realidad de nuestra Sociedad. Pienso que ahora ni nunca debemos, ni podemos permitir, aun al más elevado tributo, que por nuestra ligereza algún moderno ó aficionado personaje, logre imponer cánones y medidas, que vengán a desviar la línea recta de dignidad y decoro del sagrado ejercicio de la Profesión Médica, el cual, junto a los afines que cuidan la salud, es sin ninguna duda "Don Divino de Dios", conferido a los hombres para su bien común y como tal debemos ejercerlo y con todas las fuerzas del alma y del cuerpo defenderlo, por el invaluable "Don de la vida en libertad", porque "No hay vida si no hay libertad" y es de esclavos, señores, aceptar la esclavitud, que irremediablemente nos condena a una inaceptable y denigrante subsistencia, para poder ofrecer con verdadera justicia y equidad, la Luz de la Salud, sin olvidar ni un instante, que el enfermo, no es un ser con una agrupación de síntomas y signos percibidos como disturbios físicos u orgánicos, sino que es una persona pensante, que alberga temores que acaricia sueños y tiene esperanzas y que aspira alcanzar una vida normal en una sociedad libre y justa, esperando además cuando se enferma recibir el debido auxilio o socorro y como decía, allá por el siglo XVI el gran cirujano francés, primero en ligar una arteria con fines hemostáticos, Ambrosio Paré, los médicos debemos curar a veces, aliviar otras y consolar siempre.

Nuestro paciente es un individuo único, libre, definido por su aptitud para aprender en sociedad, autónomo y dotado de dignidad y éste aunque no queremos reconocerlo, es el grito reivindicativo de millones de personas a quienes les hemos quitado la libertad.

Ser médico es mucho más que ser un mero dispensador de medicinas. El médico es una piedra angular de la sociedad humana y un intermediario entre el hombre y Dios. Me estoy refiriendo en síntesis a la ética y responsabilidad del médico, teniendo como norte que no es suficiente la intención, sino que es necesaria la acción.

Es imperativo que el gremio médico viva sometido al código de moral médico que comenzó con el Juramento Hipocrático. Cinco tipos de deberes éticos deberán guiar nuestra vida: deberes hacia nuestros maestros, hacia la sociedad, hacia nuestros pacientes, hacia nuestros colegas y hacia nosotros mismos.

Hacia nuestros maestros tenemos deberes porque ellos, los forjadores de nuestra mente después de nuestros padres, son las personas más importantes de nuestra vida. No me refiero solo a los profesores universitarios, sino a todo médico de quienes aprendamos algo: su ciencia, su arte, su moral, su abnegación y ejemplo que puede ser símbolo brillante en el cual inspirar nuestra vida profesional.

Nuestro deber para con nuestros pacientes será ser con ellos humanos, amables, corteses y honestos. Recordar que el protocolo de estudios del paciente no es una sentencia irrevocable que puede proporcionarnos informes vitales sobre la función orgánica del cuerpo humano, pero aún más vital es no olvidar jamás que detrás de todos los informes, hay un ser humano angustiado a quien debemos siempre, a través de nuestras acciones y palabras inspirarles confianza, fe y comprensión.

Nuestro deber hacia la sociedad es ser idealistas, aceptar nuestra profesión como un servicio a la humanidad y no solamente como una fuente de ingreso. Siempre sentir un ideal de servicio y no una ambición de ganancia manteniendo la dignidad de nuestra profesión como una Ciencia Social dedicada al bienestar humano.

Hacia nuestros colegas tenemos los deberes de hombres civilizados que compartimos una noble y gran tarea y que luchamos por una causa común en una magna cruzada.

La medicina vive y se nutre de su gran prestigio social, por lo tanto no hablemos nunca mal de otro colega, ya que al hacerlo sería hablar mal de la medicina y por lo tanto hablar mal de nosotros mismos.

Finalmente, tenemos deberes para con nosotros mismos, cada médico en su juventud tiene un perfil ideal de lo que desea llegar a ser; se sueña con un programa de cosas que hacer en la vida, algunos no lo logran y es trágico ver ese perfil soñado lleno de ruinas y de cosas comenzadas que nunca llegaron a una conclusión feliz, pero en la mayoría de los casos esa silueta ideal ha sido lograda a costa de esfuerzo, sacrificio y dedicación. Lo importante es que nuestras acciones sean grandes, sin que por ello perdamos nuestra humildad y modestias personales. Lo que cuenta en un médico es la grandeza en las cosas que se hacen

y simplicidad en como se hacen, conservando la máxima sencillez personal, pues grandeza es sencillez, la máxima dignidad del hombre yace en su capacidad de elegir su destino, por lo tanto es importante lograr un médico integral que pueda entender y manejar una situación donde esté ligado el cuerpo y el alma.

Nuestra profesión cada día se hace más científica y técnica, pero cada vez más distante del sentido humanístico y humanitario del ser, entendiéndose por humanismo, el conocimiento de la cultura del mundo y la relación entre los hombres; y humanitarismo, el trato considerado, fraternal y caritativo, para quienes necesitan nuestra ayuda de cualquier tipo.

Es imperativa la orientación profesional. Actualmente estamos saturados de especialidades y sub – especialidades, poco se hace para estimular al médico general y al médico de familia. El Dr. Garlain decía: que el médico general debe estar capacitado para tratar la mayoría de las afecciones del cuerpo y muchas de la mente, debe poseer real comprensión del ambiente total del paciente y a él le incumbe cuando debe ser consultado un especialista. El concepto parcelario del paciente debe dar paso a un concepto global, integral. En algunos países en especial en Estados Unidos está renaciendo este exponente de la práctica médica.

Se dice que a la especialización se llega por súper posición del conocimiento y no por fragmentación. Es realmente preocupante ver a recién graduados convertirse en carreristas, diplomados, desesperados por comenzar la especialización que ofrece mejores ingresos económicos con desmedro de uno de los principios fundamentales de la formación del médico, como es la larga y progresiva acumulación de experiencias vitales y académicas y siempre en la búsqueda de la excelencia.

El filósofo Jorge Santelle decía: “Debemos dar la bienvenida al futuro, recordando que muy pronto será el pasado y debemos respetar el pasado, que una vez fue, todo lo que fue humanamente posible”.

Todos tenemos la equivocada tendencia a tomar lo nuevo por invariablemente superior, que puede serlo, o de reemplazar ineludiblemente lo viejo y tradicional, lo cual no necesariamente es correcto. Es una gran deslealtad con el pasado, que con frecuencia pagamos con creces.

Anatole France decía: “No perdamos nada del pasado, pues con él se comprende mejor el presente y se puede programar el porvenir”. Pero no sin antes, permitirme hacia mí este momento, para recordarle a la entrañable juventud médica y demás jóvenes

profesionales, que los errores, no son la mejor escuela, pero enseñar y conocer el pasado es una experiencia invaluable para crecer, sin cometer los errores de nuestros antecesores, quienes por maduros, están obligados a enmendarlos y a los jóvenes por honor, les está prohibido repetirlos.

En la actualidad hay en muchos médicos una tendencia a la deshumanización ejerciendo nuestra profesión por el afán del lucro económico y social, portadores de un umbral poco sensible para percibir el dolor de los enfermos y la súper especialización y el uso inadecuado de la alta tecnología los ha hecho menos eficaces a los problemas de la buena práctica médica.

El Dr. José María Vargas decía que el médico debía ser completo en su formación, sensibilidad humana refinada y una vocación de servicio sin excusa ni pretexto.

Ante la situación que se vive actualmente, llena de noveles médicos en que se quiere llegar a las posiciones por asalto, en que se quiere desempeñar los cargos sin tener la capacidad moral e intelectual requerida para ello, allí está el Dr. Vargas diciendo a las generaciones actuales: No, están equivocados, el mundo no es de los vivianes, no es de los arribistas, no es de los traficantes, el mundo es del hombre justo, del hombre honrado.

Hay que condenar la dicotomía que invade la práctica diaria, el exceso de referencia por negligencia, o deseo de lucro, el intrusismo, hospitalizaciones innecesarias y abuso de terapia intensiva en casos irrecuperables.

Es importante acentuar también la obligación que tenemos de estar al día en los conocimientos más modernos, pero jamás para hacer iatrogenia o negociación con su uso, recordando siempre que es tan dañino el médico que no estudia, como aquel que lo hace hasta la saciedad, para exhibirse creyéndose poseedor de toda la ciencia. Pues la ciencia no lo resuelve todo y no todo lo que se escribe es cierto, nada es absoluto, todo es relativo.

Por eso es necesario establecer la diferencia entre el médico bien informado y el profesional bien formado científicamente, moral, cultural y humanitariamente, ya que solamente este último puede tener conciencia de sus limitaciones y de la ciencia que supone poseer y por consiguiente estar listo para el momento del diagnóstico final.

Por carecer de estos conocimientos, muchos médicos no están en condiciones de entender al enfermo funcional, que ocupa un alto porcentaje en la consulta diaria, viéndose éste

obligado a deambular por los consultorios de psiquiatría, psicología y hasta quiromáticos, en busca de alivio a una dolencia, que muchas veces mejora sólo con la fe en la palabra del médico de confianza.

En este siglo hay avances científicos y tecnológicos como nunca los ha habido, como la desintegración del átomo, la liberación de la energía atómica, nuclear, los vuelos interplanetarios, etc.

Hoy al cabo de tanto tiempo los hombres odian y sufren, se traicionan y matan, se dejan vencer por las tentaciones y pasiones, y la mayor tragedia no es la brutalidad de los hombres malos sino el silencio de los hombres buenos.

Vivimos en un mundo en guerra civil permanente, de hechos o de palabras, sin otra capacidad para la integración y la unidad que la destrucción del adversario, para afianzarse como individuo en el mundo, como conciencia única universal y mayor es el peligro cuando se domina la tecnología y la ciencia.

Los grandes avances de la ciencia y la tecnología hacen meditar que todo es posible. Los progresos de la bioquímica, biofísica, bioelectrónica, hacen pensar que es posible en el laboratorio preparar la materia viva, pero nunca el ser humano con sus grandes virtudes divinas de quien lo hizo a su imagen y semejanza, y recordemos que ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma.

Estamos inmersos en el colectivismo desenfrenado, en una hiperideologización e hiperpolitización, no sólo de la actividad médica, sino de las actividades generales del país. Se intenta imponer una sola visión del mundo y de la humanidad donde no tiene cabida la ética y donde actividades como la medicina

sistémica o la implantación de un modelo de medicina proveniente de un país donde no se respeta la libertad y la dignidad del hombre, están acabando con el espíritu y propósito de una profesión cuyas raíces más profundas invocan los más altos y nobles sentimientos del ser humano.

Nuestra Venezuela se mueve, se está moviendo y tendrá que moverse hacia profundos cambios estructurales y sociales, cambios en los cuales tenemos que hacernos sentir con nuestra viva voz, con nuestro pensamiento, con nuestras acciones y hasta con la vida que nos resta por vivir si fuera necesario, tenemos que rescatar para nuestros hijos, para nuestros nietos, para nuestros niños, para nuestra juventud, para nuestra familia una patria digna con condición humana, donde la familia sea primero y el derecho a la vida sea realmente inviolable, donde el respeto, la moral, la consideración, la educación, el trabajo productivo y creador, la paternidad responsable, la racionalidad, la convivencia, la armonía, la tolerancia y la salud de todos sea la norma del buen vivir.

Y para terminar no debemos permitir “depreciar”, ni despreciar a nuestra profesión, porque la medicina y a través de ella, nuestros pacientes; es belleza y alegría, es entrega y devoción, es esperanza y armonía, es pensamiento y consagración, es arte y filosofía, hagámosla con pasión sin que nos falte un día, y ahora a las puertas de toda Venezuela con sus dolores y con sus enfermos un pueblo espera todo de nosotros, no la hagamos esperar.

Muchas Gracias.

Dr. José Antonio Gubaira Bahjos